



El río de cenizas

RAFAEL REIG

Barcelona, Tusquets, 2022, 254 pp.

reseña de Rodrigo Bacigalupe Echevarría

El escritor español Rafael Reig (Cangas de Onís, 1963) ha publicado a comienzos de junio su novela *El río de cenizas* (2022) que, como suele ser ley en el autor, no se parece en nada a sus predecesoras, pero presenta todas las señas de identidad del narrador. Crítico incisivo, Reig es autor de catorce novelas y varios libros de creación colectiva, así como un volumen, *Visto para sentencia* (2008), que recopila parte de su valiente trabajo como articulista, en el que no vacila en llevar ante el tribunal de su pluma a más de una figura consagrada de las letras españolas, haciendo uso de dos de sus armas literarias predilectas: el humor y la –nunca ostentosa– erudición. Con esta novela el escritor parece alejarse aún más de la senda marcada por obras como el *Manual de literatura para caníbales* (2006), de exquisita factura metaliteraria, o las heteróclitas narraciones sobre la aún vigente cultura de la transición democrática: *Un árbol caído* (2015), *Todo está perdonado* (2011) o *Para morir iguales* (2018) –Premio de la Crítica de Madrid–. En *El río de cenizas* nos encontramos con un Reig que, como en su penúltima creación, *Amor intempestivo* (2020), afianza una veta de carácter confesional con rasgos del *roman à clef*, aunque sin llegar a instalarse en el terreno de la autoficción, amén de que podamos reconocer trasuntos autobiográficos que emparentan al autor con el narrador y el personaje. En esta novela de tono melancólico Reig nos sitúa en un espacio que recuerda por momentos a *La peste* (1947) de Camus o a la

Perorata del apestado (1989) de Gesualdo Bufalino.

En un residencial para la tercera edad, luego de haber sufrido un ictus, el narrador autodiegético, mientras ve caer uno a uno a sus nuevos compañeros a causa de una peste-pandemia (otra, pero con claros guiños a la del Covid-19), se dedica a escribir unas memorias que hacen las veces de confesión a partir de una serie de ‘fotografías mentales’ que el protagonista describe en detalle, como si aquellas tuvieran un soporte físico, incluso más nítidas, por no haber sido descoloridas por el tiempo, sino más bien coloreadas por los años. Dichas instantáneas comparten protagonismo con los recuerdos de las charlas con su hijo –quien también guarda un secreto que confesar–, los paseos hasta un cercano pueblo innominado –construcción en clave del lugar de residencia del propio Reig, Cercedilla, en la Sierra de Guadarrama, donde transcurre otra de sus novelas: *Lo que no está escrito* (2012)– y sus partidas de ajedrez con Nicanor, el encargado del «siniestro Ministerio de la Verdad» (p. 32), un residente que se empeña en desenmascarar las fabulaciones que sus compañeros construyen para sobrellevar la doblemente dura realidad del paso de los años y la lucha contra la pandemia.

A medida que transcurren las páginas cierto humorismo inicial va dando paso a una atmósfera elegíaca y se instala la reflexión implícita sobre el estatuto de los propios recuerdos que parecen deformarse en anacronismos, mostrando tanto la

fragilidad como la productividad de la memoria del protagonista, al narrar y meditar sobre el carácter ficticio de toda evocación. Cobra dimensión entonces la lógica del simulacro baudrillardiano. Es esta otra de las características inherentes a las obras de Reig en las que la reflexividad literaria pone en el centro de la diana el ontológico debate entre realidad y ficción.

El contexto de la pandemia permite un espacio al autor para parodiar desde la ficción el manejo que en España se hizo —entre la clase política y los medios de comunicación— de la emergencia sanitaria, dando lugar a disparatadas conjeturas o recomendaciones de parte de un tal Felguerosa (trasunto del vocero oficial del Gobierno) o a las decisiones y actitudes ególatras del presidente Madelman (clara *boutade* enfocada en parodiar la figura de su homólogo, Pedro Sánchez).

El elemento metaliterario, entendido de manera amplia como el lugar que ocupa la propia literatura dentro de la obra del escritor, representa otra de las marcas distintivas de las novelas de Reig. En *El río de cenizas* se evocan textos y autores aparentemente tan dispares como *La conjuración de Catilina*, de Salustio, el *Libro de la vida* de Santa Teresa, *La sanción de Loo*, de Trevanian o los clásicos *Teogonía* y *Trabajos y días*, de Hesíodo. Además de las referencias, hallamos intertextos en forma de citas como también otros, que funcionan de manera solapada, integrados a los parlamentos de los personajes, quienes, no por afectación ni pedantería —sino acaso como parte de una estrategia metaficcional del autor que permite narrar desde la ironía literaria ajena— se enredan en diálogos que parecen evocar imposibles conversaciones entre autores de generaciones y orígenes tan disímiles que su concreción solo puede ser factible en la ficción. Al recordar a una amante del pasado, por ejemplo, el narrador se dice a sí mismo, parafraseando las *Metamorfosis* de Ovidio: «Fuimos una multitud, una mujer y un hombre en representación del resto de la humanidad» (p. 121). También forman parte de la novela los metadiscursos oníricos compuestos por

fragmentos de los sueños y fantasías sexuales del protagonista, no ayunas estas últimas del sentido del humor que caracteriza las obras de Reig, entre la evocación culta y la ocurrencia escatológica.

A medida que transcurren las páginas de la novela la literatura se consolida como la verdadera protagonista. La obra parece trasladarnos a atmósferas tan disímiles como las de *La muerte en Venecia* (1912), de Thomas Mann o *La leyenda del santo bebedor* (1939), de Joseph Roth. Acompaña el baile final de los residentes la banda sonora imaginaria del bolero *Dos gardenias para ti*, de la cubana Isolina Carrillo, que el narrador evoca. Entre música y lecturas el protagonista se hermana, a través del tono confesional de sus recuerdos, con la figura del lector, a quien considera, como Baudelaire, *su semejante, su hermano*, el otro yo que el soliloquio del personaje conjura en su desdoblamiento, quien lo acompañará cuando llegue el final de la historia y de su vida, para perderse en las aguas de ese *río de cenizas* que es metáfora de esperanza y redención.